

1000077

# DE NUESTRA EPOPEYA

(Por el Dr.  
BENIGNO  
SOUZA)

## ANECDOTARIO

### DOS JUNTAS

De un libro en preparación del doctor Grande Rossi, Médico eminente, Profesor de nuestra Universidad, maestro en todas las disciplinas del saber, y lo que vale más, de la moral, y afilado escritor, el Mendo Mendus tan conocido, tal vez más en el pasado que en el presente, publicamos un capítulo, interesantísimo y que se refiere al Coronel Rafael de Armas del Estado Mayor del General Gomez.

#### DOS JUNTAS

Al Club Médico Revolucionario «Federico de la Torre» el Coronel Fernando Figueredo pidió informes, de manera muy discreta, sobre el estado de salud en que se hallaba el Coronel Rafael de Armas, veterano de la Guerra de los Diez Años, quién ardía en deseos de ir a pelear a la Guerra de Independencia, porque era de temer que terminara la vida, sin fruto, en alguna de las expediciones que estaban preparándose, constituyendo motivo de trastornos serios en la política de aquellos momentos, sin contar con los de la propia familia del Coronel, en la jornada ya muy próxima.

Por designación del Club toró al Dr. Julio San Martín y a mí el reconocimiento del bravo soldado, con el penoso encargo, si llegare a ser necesario, de hacerle conocer el estado en que se encontrase, declarándolo inútil para ir a la guerra por lo menos, bajo la responsabilidad de la Delegación.

Armas era de estatura mediana, muy serio, canoso ya, con grandes bigotes grises dirigidos hacia abajo y cubriendo la boca desprovista de dientes; muy escasos los cabellos, dirigidos hacia atrás por la intención del peine, pero erectos por indomable rebeldía; era cubano, blanco, pero fal-

seaba la raza con esos caracteres y con los epicantos muy señalados, con oblicuidad de los párpados que completaba el aspecto asiático de la cara.

Estaba hiposistólico; disnéico al ejercicio, con las venas de las manos y del cuello muy pronunciadas el hígado grande y doloroso, las arterias duras, el corazón aumentado de tamaño algún edema de las piernas, por menores bastantes para que tuviéramos que decirle al cubano ya heroico, que en nuestra opinión no estaba apto para marchar «en seguida» a la guerra; y, como esperaba, que sería conveniente aguardar otra oportunidad, que no tardaría en llegar, en la que él habría de tener algo más levantadas las fuerzas, y otras frases que solemos usar en parecidas circunstancias, y en el caso aquél, y entonces como de absoluto rigor, por el fanatismo de la heroicidad de que se componía aquél patriótico ambiente.

—De modo— nos dijo amostazado, con medio bigote apretado entre los labios y mirándonos con ira y firmeza a un tiempo —que no sirvo porque tengo el corazón grande y por que me canso. Bueno; haré una prueba porque no me conformo con la opinión de ustedes, a quienes reconozco como excelentes médicos, ni con la de nadie, porque sólo yo soy capaz de saber, hasta dónde puedo llegar. Gracias, y adiós.

Del local que ocupaba el Club salió y fuese derecho, a pasos largos y apresurados, a un cerro que estaba algo distante, de subida penosa y larga llegando al cual emprendió rápida carrera hasta la cima, que ganó sin detenerse, y no contento aún allí se estuvo unos minutos saltando y haciendo movimientos como si blandiese el machete tomando una trinchera.

Las pruebas de ejercicio para la insuficiencia cardíaca, la cuenta de «libras-pies», el hopping-test, (la prueba de Lian y otras más de ahora, no eran entonces conocidas, pero hoy eran entonces, sirven para las insuficiencias comunes; el corazón de Armas estaba fuera de todo eso, y así como existen corazones morales que matan hay corazones heroicos que no se rinden. Y en el tórax de Armas había uno de estos últimos.

Parecía un león rugiendo cuando, poco después, con vozarrón de mando y de triunfo refería los pormenores de tales pruebas, pero reía francamente.

—Ustedes se han equivocado, doctores instruidos— nos dijo. Sé que estoy enfermo, es verdad, es innegable, pero el pronóstico es irremisiblemente mortal, y muy pronto, si no voy, y con eso quiero defender el puñado de vida que me queda. La manigua y la pelea, estoy seguro de ello en lugar de acabar conmigo habrán de mejorarme.

Marchó a la guerra en quince de mayo del noventa y siete, en la expedición del «SOBERANO», con el Coronel Pérez Carbó, Jefe de la expedición, y Armas, Jefe de las fuerzas. Llegaron a «Playa de Mosquitos» el 18 de mayo.

Mucho tiempo estuvimos con la preocupación de no recibir noticias de Armas. Sólo sabíamos que había llegado bastante bien a Cuba, que se incorporó, pero nada más.

Fué Armas quien condujo a presencia del General Máximo Gómez al General Roberto Bermúdez para la terminación de un proceso de que resultó el fusilamiento de este último, jornada llena de responsabilidades, peligros y trabajos para el Coronel y el General Armas la hizo hiposistólico como estaba el día del referido examen, porque me refirió mucho después que el incómodo paso del caballo lo sentía en el hígado, la disnea venía al menor esfuerzo, digería mal y apenas dormía, por el propio insomnio y porque el General Bermúdez tampoco tenía sueño.

La prueba aquella suya le había dado la vida con la confianza en sí mismo para ir a pelear. Ya ve Ud. —me dijo—, aquí estoy, con mi peso, mejor que antes, pero siempre con

dolor aquí, bajo las costillas, los tobillos algo hinchados y el aliento corto, aunque nunca me faltó cuando fué preciso. He hecho por Cuba cuanto he podido, y ahora que venga lo que viniere. ¡Ya vi triunfante la bandera! ¡Qué más!

El día 27 de abril de 1902 recibí una carta del General Máximo Gómez en la que me pedía que a las tres de la tarde fuese a su casa para salir con los Dres. Sebastián Cuervo y Vicente Benito Valdés, y él, a Guanabacoa, calle de Corral Falso, número 34, con el objeto de ver en junta al Coronel Armas, que estaba gravemente enfermo, y suplicaba el empeño de hacer lo que fuera posible en obsequio de aquel bravo militar.

Muy emocionante fué el encuentro de aquellos dos valientes. El General comprendió en seguida la gravedad de Armas, aunque éste, disnéico, anasárquico, cianótico, se puso en pie y lo saludó militarmente. En aquella cara del viejo héroe jugaban a un tiempo el color violáceo, la sed de aire, la admiración y una sonrisa que describió la alegría apenas contenida por la proximidad de la muerte.

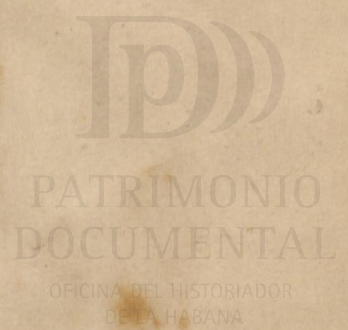
El General le dió la mano y le puso la izquierda sobre el hombro derecho, y tratando de encubrir con sus palabras, que con dificultad salían de la garganta, el par de lágrimas que traicionaban la ruidosa energía de sus cariñosas frases, dijo:

—Coronel, ¿Qué? ¿Qué es éso? ¿El primer casquillo?— Y volviéndose a nosotros, los tres médicos, nos dijo:

—Este ha sido un bravo.

Armas no estaba emocionado como el General, sino de otro modo, con la emoción del héroe venezolano que atravesado por una lanza española, muriendo venía hacia el Jefe para despedirse de él antes de acabar de morir. En estas situaciones no hay lugar para las emociones comunes; la apoteosis manda.

—No, General, no tengo casquillo ahora, como no lo he tenido nunca. Ya lo he visto, y eso es bastante; quería decirle adiós. Ya me sobra el resto de la vida.



3

No se oía ruido alguno. Las mujeres lloraban en silencio. Un niño que al General miraba con extrañeza, porque sabía que había un Dios en la tierra, Máximo Gómez, fué llamado por el Coronel, lo atrajo hacia sí y le dijo: Ese hombre es el General.

Cuervo estaba pálido; Valdés me dijo al oído, en voz muy baja y muy enérgica: ¡Que par de leones! Y yo sentía que las contracciones de la garganta me ordenaban refrenar la emoción.

Murió cuatro días después, el 10. de mayo.

*Arancibia, abril 7/39*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA